**Martes II del TO  
Ciclo B**

19 de enero de 2021  
Heb 6, 10-20  
Sal 110  
Mc 2, 23-28  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Continuamos reflexionando en el recorrido de la Carta a los Hebreos que propone la Primera Lectura[[1]](#footnote-1). Ahora, el autor, con la intención de animar a la comunidad les exhorta a la perseverancia y a la fidelidad. Dios no olvida las obras buenas realizadas, pero eso no es razón para la pereza y para dejar de poner el dedo en el renglón. Hay que estar atentos con un punto de apoyo fundamental: que Dios ha hecho una «*promesa*», ilustrándolo con el ejemplo de Abraham.

La promesa es una palabra dada a la que uno se compromete; un juramento añadido es otra palabra que corrobora la primera. Abrahán contaba con la promesa y el juramento de Dios. Mucho más nosotros, que a la promesa nos agarramos por la esperanza. Y aquí el autor se conecta con una experiencia cotidiana que los oyentes pueden entender perfectamente, y nosotros también. Antiguamente había anclas que no se descolgaban para fondear, sino que se agarraban con ganchos a alguna cavidad de la costa: «penetraban» en tierra, unían la nave a la tierra firme. Así es nuestra esperanza, que «penetra» en el santuario celeste y tiene allí su agarradero. La palabra de Dios es irrevocable.

Acaba con un versículo que le sirve de pie para comenzar con el tema que quiere presentar a continuación y que veremos mañana: Melquisedec y Jesucristo.

Jesús desprecia las apariencias, y especialmente las piadosas, por eso es que no puede soportar a la secta de los fariseos, que eran, la mayoría, pura apariencia, como se nos relata en el Evangelio de hoy: la apariencia de cumplir con el sábado.

Les voy a contar una historia. En la escuela a la que fui de los Maristas de Cartagena, durante las clases de gimnasia uno de los ejercicios más difíciles y emocionantes era el de trepar por una cuerda. Durante esta prueba, el “Profe” solía tener en la mano un gran cronómetro. Los participantes daban un paso al frente, agarraban la cuerda con las manos, y cuando el “Profe” decía: “¡Ya!”, empezaban a subir. Llegar arriba en diez segundos, valía diez puntos. En seis segundos, sesenta puntos, en tres segundos, ciento cincuenta puntos. Pero había un compañero al que todos le teníamos manía porque era el más listo de la clase en todas las demás asignaturas, que se llamaba Paco. Como suele ocurrir con los más listos de esa edad, era un gordito con lentes poco agraciado para los ejercicios físicos. A Paco esta actividad le resultaba humillante. No podía levantarse del suelo. Cada vez que llegaba este ejercicio él agarraba la cuerda. Cuando el “Profe” decía: “¡Ya!”, entonces Paco se balanceaba inútilmente en medio de las burlas de todos nosotros. Era la ocasión de vengarnos por todos los sobresalientes que sacaba a final de mes. Un día, cuando llegó el ejercicio de trepar por la cuerda, y llamaron a Paco para hacerlo, él se negó. El “Profe” era espabilado y tenía un don para entrenar a aquellos chicos. “Paco ¿no vas ni siquiera a intentarlo?”, preguntó el “Profe”. Paco contestó: “No”, y nosotros nos pusimos cruelmente a abuchearle. El “Profe” le desafió con esta oferta: “Te daré un punto si lo intentas”. ¡Un punto por intentarlo! Aquel día otros habían conseguido sesenta, ochenta y hasta cien puntos. Como oferta, no era demasiado atractiva. Pero Paco dio un paso adelante, a pesar de las burlas de todos nosotros, agarró la cuerda con las dos manos, y se balanceó con su habitual incapacidad. Sopló y resopló durante treinta o cuarenta segundos, no consiguió nada, y se retiró. Era el fracaso habitual. Nosotros, por supuesto, a reírnos, como era habitual. Sin embargo, el “Profe”, alardeando, puso un uno junto al nombre de Paco. Otro chico del curso ganó la copa, naturalmente. Pero, ¿quién pensamos que la hubiera recibido si el Juez de Paco hubiera sido la Persona que no se fija en las apariencias, la que se fija en la viuda de las dos monedas? Estoy seguro que cuando Paco llegó al cielo, porque ya murió, sus ángeles vieron también la humillación que había tras aquel único punto que alcanzó en aquel día y cogieron sus lápices y empezaron a añadirle ceros a ese dígito solitario. Al final se encontró con millones de puntos. Nunca olvidaré a Paco, al pobre Paco. ¡Quién me iba a decir a mí que esa experiencia infantil la tendría fresca en mi recuerdo durante toda la vida!

Los fariseos se fijaban en que Jesús y sus discípulos no daban la talla: eran una chusma que jamás podría llegar «a la punta superior de la cuerda», eran unos donnadies, unos buenos para nada. No se daban cuenta que Jesús manejaba la cuerda como nadie, él era dueño de la cuerda, la ponía como quería y, además, tenía el mejor cronómetro entre sus manos. Jesús había venido para cambiar las normas de qué es lo que se espera de cada uno de nosotros. Guardar la alianza, para los fariseos, era cumplir la voluntad de Dios tal como se expresa en la Biblia. Por ello el judaísmo es una religión práctica que no se pregunta abstractamente por Dios, sino que se basa en alcanzar la felicidad y la plenitud de vida siguiendo las normas de esa voluntad de Dios: siempre las normas. Pero sabemos que Jesús introdujo una visión diferente de lo tenido tradicionalmente por «voluntad» de Dios. Esta sentencia histórica que acabamos de escuchar en el Evangelio, «*el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado*» viene a resumir que la voluntad de Dios ya no se reduce a las normas concretas de la Ley, sino que «la norma» es el hombre. La voluntad de Dios es el hombre, porque el hombre es imagen («hijo») de Dios. Por ello, «*el hombre es señor del sábado*» (de la Ley, de la norma). La Torá (la Ley) es una buena enseñanza, pero, desde luego, no abarca el ser-voluntad de Dios.

Lo que está diciendo Jesús es que el amor de Dios está por encima de toda norma, de cualquier norma. Y ese amor de Dios se dirige a todo hombre, como acabamos de decir. Por eso, todo hombre (el bien del hombre) está por encima de toda norma. Esa (el bien del hombre) es la norma suprema. Ese es el vino nuevo, el paño nuevo, el «chip» nuevo, diríamos hoy. Esto es lo que proclamó Jesús, y creo yo que no tiene vuelta de hoja.

Sabemos que Jesús vino a proclamar que los mandamientos del amor a Dios y al prójimo son inseparables y constituyen una unicidad radical, de modo que no se puede amar a Dios sin amar a los hombres. ***Una Ley divina separada de lo humano es, para Jesús, algo contradictorio e insostenible***, pues el Abbá que Jesús proclama es continuo Amor realizado en cada ser humano (el Papa Francisco nos insiste mucho en esto). De ahí que, como los antiguos profetas, Jesús también proclame que el Amor es más importante que los sacrificios y ofrendas, que los ritos y normas. Del Abbá-Amor sólo puede fluir eso, el Amor, y el amor es desvelo y solicitud por el bien de las personas, nunca opresión, hundimiento o postración de las mismas.

¡Cuánto me hubiera gustado aprender esto de pequeño, en clase de gimnasia!

1. Luis Alonso Schökel. *Biblia del peregrino. Nuevo Testamento. Edición de estudio. T. III*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997. [↑](#footnote-ref-1)